

## DATOS SENSORIALES Y ESCEPTICISMO \*

*Kenneth L. Mc Govern*

Campion College  
University of Saskatchewan

UNO DE LOS PUNTOS DE VISTA más comunmente asociados con los primeros escritos de A. J. Ayer sobre la percepción es la doctrina del fenomenalismo, “la teoría según la cual los objetos físicos son construcciones lógicas a partir de datos sensoriales”. El fenomenalismo, en cuanto tal, no era una nueva teoría; era, de hecho, una variante del análisis empirista de la experiencia perceptiva, un análisis que llevaba al punto de vista de que los objetos reales de la percepción son perceptos sensoriales, o datos sensoriales, privados y momentáneos, y que las cosas físicas, públicas, que normalmente son consideradas como los objetos de la percepción son, de hecho, construidas de algún modo a partir de estos datos sensoriales más primitivos. A pesar de una serie de persuasivos argumentos —especialmente los basados en la ilusión— en favor de ese análisis de la experiencia perceptiva, la teoría ha atraído siempre fuertes críticas debido a las paradójicas conclusiones a las que manifiestamente llevaba. Y no era la menor de ellas el punto de vista, que parecía estar inherente en cualquier análisis fenomenalista de la percepción, de que el mundo físico es incognoscible.

En su formulación del fenomenalismo, Ayer ha intentado resolver los problemas normalmente asociados con él tratando el dato sensorial, no como una nebulosa entidad de una especie recientemente descubierta por ciertos filósofos, sino como una “convención lingüística” diseñada para satis-

\* Comunicación leída en inglés en el Departamento de Lógica de la Universidad de Valencia el día 28 de mayo de 1974.

facier los "propósitos especiales" del filósofo. En defensa de esta posición, Ayer señaló que entre el teórico de los datos sensoriales y el realista ingenuo (que sostiene que los objetos físicos son percibidos directamente), no hay disputa factual. Uno y otro soportan, por así decirlo, las mismas experiencias perceptivas; simplemente deciden describirlas de maneras diferentes. Así pues, lo que está en entredicho en la disputa, mantuvo Ayer, no es "la validez de dos conjuntos de hipótesis en conflicto, sino la *elección* de dos lenguajes diferentes".<sup>1</sup> Ni tampoco creía Ayer necesario elegir uno de estos lenguajes a expensas del otro. Dado que ambos podrían servir, y de hecho sirven, como descripciones alternativas de exactamente los mismos fenómenos perceptivos, no había razón para sospechar que no pudieran aceptarse ambos, "a condición", añadía Ayer, "de que se hagan adecuados supuestos acerca de la constitución y conducta de las cosas materiales en cuestión".<sup>2</sup>

Puesto que esta versión revisada de la teoría de los datos sensoriales no involucraba necesariamente una negación de la pretensión del realista de que el mundo material es percibido directamente, Ayer sostuvo que era inmune al problema tradicional de la percepción que siempre había infestado a los filósofos que se adherían a un análisis fenomenalista de la experiencia sensorial: el de justificar nuestro conocimiento del mundo exterior. Pues, concebido como una "alternativa lingüística" al lenguaje de objetos materiales, la teoría de los datos sensoriales sólo daba lugar al problema lingüístico de "dar una regla efectiva para traducir oraciones acerca de cosas materiales a oraciones acerca de contenidos sensoriales". Y la solución de este problema, al cual se refirió como "la principal parte filosófica del problema tradicional de la percepción", era la finalidad del 'programa' del fenomenalismo.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> A. J. Ayer, *The Foundations of Empirical Knowledge*. (London: MacMillan & Co. Inc., 1964), p. 19.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> A. J. Ayer, *Language, Truth and Logic*. (New York: Dover Publications), p. 64.

Habiendo revitalizado la teoría de los datos sensoriales de este modo, la posición de Ayer fue saludada inicialmente con una buena dosis de entusiasmo; sin embargo, por una serie de razones, estaba destinada a tener una vida breve. En primer lugar, el tipo de análisis propugnado en el 'programa' fenomenalista de Ayer —analizar el lenguaje ordinario en proposiciones sobre datos sensoriales— parecía precisamente el tipo de "programa limitado y encorsetado por una teoría" que, como Strawson lo expresó, "comenzaba al fin a parecer un poco extraño".<sup>4</sup> En segundo lugar, la interpretación por parte de Ayer del dato sensorial como una convención lingüística y su manera de introducirlo cayeron bajo un duro ataque, especialmente por parte de John Austin en *Sense and Sensibilia*. En este libro, Austin argüía (correctamente, creo) que su tratamiento por parte de Ayer como una convención lingüística era una mera maniobra, que Ayer estaba, de hecho, completamente convencido de la existencia de los datos sensoriales como tales sobre la base del argumento de la ilusión, que su posición involucraba una negación de la existencia del mundo exterior, y que era, por esta razón, insostenible.<sup>5</sup> En tercer lugar, el propio Ayer comenzó a moderar sus puntos de vista. En 1947, en un artículo titulado "Phenomenalism", llegó a admitir, después de revisar algunas de las implicaciones del programa fenomenalista, que los enunciados sobre objetos físicos "puede que no sean entonces aptos para ser reproducidos *exactamente* como enunciados sobre datos sensoriales; esto es, puede que no sea posible reescribirlos *totalmente* como enunciados sobre datos sensoriales".<sup>6</sup> Aunque este giro no significa el que Ayer estuviese dispuesto a abandonar el fenomenalismo como tal, le forzaba a revisar la teoría de los datos sensoriales sobre la que el programa estaba admitidamente basado.

<sup>4</sup> P. F. Strawson, "Construction and Analysis", in *The Revolution in Philosophy*, A. J. Ayer et al. (London: MacMillan and Co. Ltd., 1956), p. 100.

<sup>5</sup> J. Austin, *Sense and Sensibilia*. (Oxford: Oxford U. P., 1964).

<sup>6</sup> A. J. Ayer, "Phenomenalism", in *Proceedings of the Aristotelian Society* (1946-47), p. 196.

Pues decir que los enunciados sobre objetos físicos no pueden ser "totalmente" reproducidos como enunciados sobre datos sensoriales era tanto como admitir que los objetos físicos, que no percibimos, no pueden ser concebidos simplemente como constructos lógicos a partir de los datos sensoriales, que sí percibimos. Y siendo éste el caso, no sólo se vuelve ambigua la relación entre datos sensoriales y objetos físicos, sino que la propia existencia de los últimos se vuelve problemática. Si sólo se perciben datos sensoriales, y si los objetos físicos no son enteramente construidos a partir de ellos, ¿existen a fin de cuentas éstos (los objetos físicos), en algún sentido real? ¿No está Ayer forzado, como Hume, a la desafortunada y paradójica posición de considerar el mundo exterior como una ficción producida por la mente o la imaginación como resultado de alguna especie de ansia psicológica de orden y continuidad en nuestras experiencias perceptivas? A este problema, la sugerencia de Ayer, en "Phenomenalism", fue que la respuesta "puede ser tratar nuestras creencias sobre objetos físicos como constituyendo una teoría, cuya función es explicar el curso de nuestras experiencias sensoriales".<sup>7</sup>

Hubieron de pasar nueve años hasta que, con la publicación de *The Problem of Knowledge*, Ayer produjese una versión plenamente desarrollada de esta teoría. Aunque el libro fue generalmente considerado como representando un saludable giro por parte de Ayer hacia una teoría más realista del conocimiento,<sup>8</sup> al mismo tiempo, generaba sorprendentemente pocos comentarios críticos. Además no parecía haber un acuerdo general con respecto a qué forma precisa había tomado su nuevo realismo. Realmente, los sentimien-

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Herbert Feigl, por ejemplo, señala que "todos nosotros (la plana original de los positivistas) hemos modificado nuestro pensamiento. Alfred Ayer, en su reciente libro *The Problem of Knowledge*, se halla muy cercano al realismo crítico. El modo en que lo formula puede que esté abierto a críticas, pero no hay duda alguna acerca de la transición que Carnap, Ayer y muchos otros han hecho". Cf. H. Feigl, "Logical Positivism After Thirty-Five Years", *Philosophy Today*, 1964, p. 245.

tos de muchos encontraron expresión en la afirmación de un comentador: "Ayer ha puntualizado tanto sus puntos de vista anteriores que casi no logra tomar ninguna posición".<sup>9</sup> Quizás al menos una parte de la razón de esta respuesta un tanto curiosa a *The Problem of Knowledge* esté en la naturaleza de algún modo ambigua del libro mismo. Por una parte, nos presenta un argumento, en muchos aspectos muy bueno, contra el "escepticismo filosófico", aunque Ayer mismo admite que los problemas planteados por el escepticismo no son realmente muy serios. Además el tono subyacente al argumento está, o al menos parece estar, muy en la línea de lo que podría llamarse filosofía realista o del "sentido común". Y es indudablemente por esta razón por la que muchos comentaristas han concluido, incorrectamente según creo, que las posiciones filosóficas de Ayer han sufrido una modificación significativa. Por otra parte, Ayer también desarrolla en el libro una teoría del conocimiento —y, en particular, una teoría de la percepción— que es, según argüiré, simplemente una reafirmación de las concepciones fundamentalmente fenomenalistas presentadas en *The Foundations of Empirical Knowledge*. De este modo, Ayer es capaz de emplear su argumento general contra el escepticismo para resolver algunos de los problemas, tales como el concerniente a la existencia del mundo exterior, a los que un análisis fenomenalista de la naturaleza de la percepción tendía a dar lugar.

En este escrito analizaré, por tanto, primero el argumento que Ayer desarrolla contra el escepticismo con particular referencia al modo en que lo usa para resolver lo que llama "el problema de la percepción". En segundo lugar, ofreceré algunas críticas dirigidas contra la posición de Ayer, argumento que su actitud hacia el escepticismo generalmente es inconsciente con su propia teoría de la percepción.

Aunque Ayer mismo no los distingue de este modo, creo que es posible formular tres pasos en el argumento principal presentado en *The Problem of Knowledge*. El primero es

<sup>9</sup> P. K. Machamer, "Recent Work on Perception", *American Philosophical Quarterly*, (1970), p. 2.

la formulación del problema del escepticismo que él interpreta como un reto al conocimiento en todos los niveles. Ayer luego se ocupa del reto escéptico tal como se aplica a lo que podría llamarse formas no problemáticas de conocimiento, tales como las que se encuentran en las proposiciones *a priori* y otras por el estilo. Y finalmente, atiende al reto en cuanto que se relaciona con una "clase especial" de proposiciones (que incluye las que se refieren al mundo exterior).

Ayer comienza su análisis del reto del escepticismo discutiendo la naturaleza misma del conocimiento. Después de una larga discusión del tema, en la que distingue conocer de creer, etc., concluye que en cualquier pretensión de conocimiento han de satisfacerse tres condiciones: "...primera, que lo que se afirma conocer sea verdadero, segunda, que se esté seguro de ello, y tercera, que se tenga el derecho a estar seguro" (34).<sup>10</sup> Esta última condición es importante para Ayer y es claramente un intento por su parte de definir 'conocimiento' de una manera tal que no pueda basarse en un estado mental. Pues por muy seguro que uno pudiera sentirse de que una cierta proposición es verdadera (o falsa), siempre es posible, arguye Ayer, que "las circunstancias puedan ser tales que no se esté autorizado a estar seguro" (29). Además, se está "autorizado a estar seguro" sólo cuando se satisface "el *standard* requerido para el conocimiento". Y es este punto el que se muestra problemático: pues el escéptico puede argüir, con respecto a cualquier afirmación, que la posibilidad de error está siempre presente y que, por esta razón, el *standard* de evidencia que justificaría una tal pretensión de conocimiento no puede satisfacerse concebiblemente. Así, dando por supuesto que el conocimiento implica lógicamente tener el "derecho a estar seguro", el escéptico intenta argumentar que no hay, de hecho, condiciones en relación a las cuales este derecho debe ser admitido.

<sup>10</sup> Todos los números entre paréntesis de este escrito son referencias a páginas de *The Problem of Knowledge* de Ayer, (London: MacMillan & Co. Ltd., 1956).



Ahora bien, hay ciertas clases de proposiciones cuya verdad, a causa de su carácter analítico, muchos filósofos han sostenido que es indubitable. Realmente, en *Language, Truth and Logic*, el mismo Ayer parece adoptar tal punto de vista. Por esta razón, se ha argumentado que el escepticismo, al menos en la forma omnicomprendiva aquí sugerida, está sujeto a fácil refutación. Sin embargo, Ayer ahora sugiere que esta relativamente fácil refutación es de poco valor, ya que se basa en una "confusión", y la confusión es ésta: al reconocer que las proposiciones *a priori* son necesarias y seguras y son por tanto "inatacables, en el sentido de que, si son verdaderas, no hay circunstancias en las que hubieran podido ser falsas", muchos filósofos han concluido incorrectamente que la verdad de las proposiciones de este tipo es indudable; pues, aun admitiendo la necesidad de las proposiciones *a priori*, "no se sigue", dice Ayer, "que sean inmunes a la duda". En realidad, continúa diciendo, "es posible creer que un enunciado *a priori* es verdadero cuando no lo es" (42).

Puede haber duda siempre que haya la posibilidad de error. Y debe existir la posibilidad de error con respecto a cualquier enunciado, ya sea empírico o *a priori*, que sea tal que del hecho de que alguien considere que es así no se siga lógicamente que es así (43).

No es en absoluto fácil determinar precisamente lo que Ayer quiere decir con esta afirmación. ¿Quiere decir, por ejemplo, que hay genuinas proposiciones *a priori* que son falsas? ¿O quizás quiere decir que es posible creer que un enunciado es una proposición *a priori* cuando no lo es? Lo que Ayer parece hacer es marcar una distinción, muy sutil por cierto, entre el carácter *a priori* o necesario de una proposición y la verdad de esa proposición. Así, por lo que respecta a proposiciones de este tipo, una cosa es ver que son *a priori*, o necesarias, y otra enteramente distinta ver que son verdaderas: "Los enunciados *a priori* pueden, realmente, ser conocidos", dice Ayer, "no porque sean necesarios sino porque son verdaderos y porque podemos estar autori-

zados a no sentir duda alguna en cuanto a su verdad" (43). Y se está "autorizado a no sentir duda alguna en cuanto a su verdad", cuando "se juzga que se ha dado todo paso razonable conducente a asegurarse" (44). Aun entonces, debe haber, al final, "una apelación a la intuición"; en algún punto uno debe simplemente pretender, sobre la base de su experiencia, ser capaz de ver que la proposición es verdadera y, una vez más, la postura de Ayer es que ver que la proposición es necesaria no es en sí mismo una base suficiente para una pretensión de conocimiento.

La dificultad existente aquí es que aun cuando la pretensión de conocimiento sea "legítimamente hecha", aun cuando se haya dado "todo paso razonable" para justificar la pretensión, "esto es todavía lógicamente consistente con el hecho de que uno esté en un error" (44). Pues no hay, arguye Ayer, ni siquiera en el caso de las proposiciones *a priori*, ninguna garantía lógica contra el error. Y puesto que en todas las pretensiones de conocimiento, incluyendo las que son "legítimamente hechas", la posibilidad de error siempre existe, no puede sostenerse que esas pretensiones sean lógicamente indudables. En realidad, añade Ayer, "...si esas pretensiones fuesen legítimas sólo cuando no hubiese posibilidad lógica de error, no podrían hacerse en absoluto apropiadamente" (44).

El resultado de todo esto es que el reto del escéptico no puede refutarse apelando simplemente a la necesidad y certeza que les son acordadas a las proposiciones *a priori*. Esto no significa, sin embargo, que Ayer pretenda realmente concederle algo al escepticismo: "No se trata de que el argumento del escéptico sea falaz; ya que normalmente su lógica es impecable. Pero su victoria es vacía. Nos priva de la certeza tan sólo definiéndola de tal modo que asegure que no puede obtenerse" (73). Así, aunque el escéptico no puede ser refutado sobre bases lógicas, puede ser ignorado; y puede ser ignorado apropiadamente porque su reto no es, a fin de cuentas, serio: "La duda se mantiene indefinidamente, porque nada contará como su resolución. Y precisamente por esta razón, no es seria" (43).



Dos puntos de importancia emergen del tratamiento que Ayer da al argumento del escéptico en su relación con las proposiciones *a priori*. El primero es el establecimiento de lo que puede llamarse la lógica del escepticismo. El segundo concierne a la manera en que el reto del escéptico puede ser encarado. Tal como es presentada por Ayer, la fuerza de la posición del escéptico deriva del hecho de que él insiste en que todas las “legítimas” pretensiones de conocimiento deben ser seguras, en el sentido de que la duda acerca de la veracidad de tales pretensiones debe ser lógicamente inconcebible. Y puesto que ninguna pretensión de conocimiento, ni siquiera, como Ayer ha intentado mostrar, las incorporadas en las proposiciones *a priori*, puede ser nunca lógicamente indudable, se arguye que ninguna de ellas puede ser nunca “legítimamente hecha”. La lógica de la posición es, como Ayer dice, “impecable”. No obstante, si esto representa la fuerza del reto del escéptico, también sirve como la base para su refutación. Pues una vez que se ve, argumenta Ayer, que ningún enunciado podría contar nunca concebiblemente como una pretensión legítima de conocimiento, puede también verse que el argumento escéptico, aunque coherente, no es serio; simplemente no tiene sentido negar que conozcamos que las proposiciones *a priori* son verdaderas. Realmente, sabemos que son verdaderas porque son, de hecho, verdaderas. Negar este conocimiento es, según Ayer, “meramente pagar un servicio de boca afuera a la falibilidad humana”. Así el escepticismo fracasa porque tiende a dañarse a sí mismo; al establecer como *standard* de conocimiento un criterio que no puede satisfacerse, el argumento del escéptico pierde cualquier fuerza que pudiera haber tenido como reto contra lo que Ayer llama pretensiones “legítimas” de conocimiento.

Después de tratar el reto del escéptico en relación con las proposiciones experienciales y en cuanto aplicado a argumentos inductivos, y de mostrar en ambos casos que el escéptico yerra cayendo en su propia trampa, por así decirlo, Ayer procede a examinar “una clase especial de casos en que los problemas creados por la lógica del escéptico no son tan fácilmente orillados”. El rasgo peculiar de estos

enunciados es que “parecemos acabar con enunciados de una categoría diferente a la de aquéllos con los que comenzamos” (81). El principal de los problemas asociados con esta clase de proposiciones es el concerniente a nuestro conocimiento del mundo exterior, al que Ayer llama “el problema de la percepción”, y es a su tratamiento de este problema al que ahora volveré mi atención.

El problema de la percepción ha existido en el pasado como una ramificación de una teoría empirista de la percepción, y más recientemente, de la teoría de los datos sensoriales. Este punto de vista, como ya hemos observado, parece implicar lógicamente el que los objetos familiares del mundo, mesas, sillas, etc., nunca son, estrictamente hablando, los objetos de la percepción humana. Por el contrario, se defiende que los “objetos directos” de la percepción son perceptos privados, momentáneos y monádicos, a los que es ahora corriente referirse como datos sensoriales. El argumento generalmente aducido para justificar este punto de vista es el basado en percepciones ilusorias y, en algunos casos, en alucinaciones. Realmente, fuera de ciertos círculos literarios y teatrales, es dudoso que la “daga de Macbeth” haya dado lugar a más discusiones que entre los interesados en defender (o refutar) la teoría de los datos sensoriales. Lo interesante de esta daga particular era, por cierto, que aunque Macbeth la vio muy claramente, no existió realmente en absoluto. Y, sigue el argumento, dado que lo que Macbeth vio claramente no era un objeto físico, debe haber sido algo distinto, un dato sensorial, percibido sólo por él y existente sólo mientras él lo percibió -*Esse est percipi*. Se argumentaba entonces, por una serie de razones, que en toda percepción, tanto verídica como ilusoria, lo que de hecho se percibe son datos sensoriales y que no hay, por tanto, evidencia perceptiva directa de incluso la existencia de lo que llamamos el mundo físico. Y aunque las ramificaciones asociadas con la teoría de los datos sensoriales son, como antes se mencionó, claramente paradójicas, es, creo, característico de todos los que adoptan esta teoría el que la posibilidad continua de ilusión o la aceptación de una posición epistemológica funda-

mentalmente empirista exija la conclusión de que el mundo físico nunca es percibido directamente.

En *The Problem of Knowledge*, Ayer intenta desarrollar el argumento de la ilusión "de un modo más simple, pero también más efectivo". Esta reformulación del argumento conlleva dos pasos. Suponiendo que él mismo está "teniendo" la experiencia visual de ver su pitillera sobre la mesa, Ayer arguye que el modo ordinario de escribir esta experiencia, 'Veó la pitillera', formula "una pretensión más fuerte de lo que la percepción misma puede cubrir" (105); pues no toma en cuenta la posibilidad de que la experiencia pueda ser ilusoria: puede no existir la pitillera. Por esta razón, afirma Ayer, se debe hacer un enunciado más "cauto", 'me parece que veo una pitillera', que difiere del primer enunciado en que no "comporta la implicación de que hay una pitillera". El segundo paso del argumento, que es muy dudoso ciertamente, "es convertir la oración 'ahora me parece que veo una pitillera' en 'estoy viendo ahora una pitillera aparente' ". Y, continúa Ayer, "esta pitillera aparente, que vive sólo en mi experiencia presente, es un ejemplo de dato sensorial". Sobre la base de estos dos pasos Ayer extrae entonces la conclusión de que "son siempre datos sensoriales los que son percibidos directamente" (106).

El argumento es, como Ayer ha prometido, simple; pero no es en absoluto evidente que sea efectivo. La objeción más obvia que puede plantearse contra él es que simplemente no tiene sentido: la posibilidad de ilusión no puede en modo alguno autorizar la conclusión de que normalmente no percibimos objetos físicos; menos aún justifica la introducción de "objetos aparentes" o datos sensoriales como los objetos reales, si bien normalmente no detectados, de la percepción. Pues bien, Ayer considera objeciones de este tipo pero es claro que le influyen muy poco. Y la razón de ello reside, creo, en lo que podría llamarse actitud epistemológica. Pues objeciones de este tipo se basan normalmente en el supuesto de que la percepción humana se dirige primariamente hacia el mundo físico y por tanto, a pesar de la dificultad de Macbeth, de que los enunciados perceptivos son primariamente descriptivos de los objetos que habitan

ese mundo. Ayer, por otra parte, mira el problema desde una posición epistemológica enteramente diferente. Pues parece creer que lo que los enunciados perceptivos describen, o deben describir, primariamente no son las cosas percibidas, sino que son más bien las "percepciones" o "experiencias perceptivas" o "experiencias sensoriales" que el perceptor, por así decirlo, soporta. Es esta "experiencia perceptiva", que es privada y momentánea, la que constituye, para Ayer, el objeto *real* de la percepción; y de esta experiencia, sólo el lenguaje de los datos sensoriales proporciona una descripción exacta. Así el "dato sensorial" es simplemente otra denominación de la "percepción" tal como el percipiente la experiencia.

Este es un punto importante. Muestra, en primer lugar, que las razones reales que subyacen a la adopción por parte de Ayer de la teoría de los datos sensoriales nada tienen que ver con la posibilidad de ilusión. Pues él comienza suponiendo, con Hume, que los objetos de la percepción son preceptos o datos sensoriales que son enteramente privados para el perceptor. Así el lenguaje de datos sensoriales es preferible al lenguaje ordinario, no porque satisfaga "los propósitos especiales" del filósofo, sino porque representa una descripción más exacta de lo que, desde el punto de vista de Ayer, de hecho percibimos. También muestra que la sugerencia de que Ayer ha modificado significativamente su posición filosófica es ampliamente errónea. Su postura epistemológica es, como siempre, fenomenalista. Su teoría de la percepción es, en realidad, una forma de empirismo; es una forma precavida y, en un cierto sentido, lingüística, de empirismo; pero es empirismo a pesar de todo.

Habiendo avanzado hasta este punto con Hume, no es sorprendente que Ayer se encuentre a sí mismo enfrentado con el problema de explicar cómo tenemos conocimiento genuino del mundo exterior. Ayer admite el problema cuando dice, no sin una nota de formulación laxa, que hay una "laguna" entre los datos sensoriales, que percibimos, y los objetos físicos, que no percibimos. Ayer había argumentado anteriormente que esta "laguna" podría ser salvada con la doctrina del fenomenalismo que presenta la noción de que

los objetos físicos podrían concebirse como “construcciones lógicas” a partir de datos sensoriales. La dificultad de la hipótesis del fenomenalista es que presume una conexión lógica entre la ocurrencia de ciertos datos sensoriales específicos, i.e., el tener ciertas experiencias sensoriales, y la existencia independiente de los objetos físicos. Es, sin embargo, evidente que la ocurrencia de cualquier número de datos sensoriales privados nunca puede entrañar formalmente la existencia de cualquier otro objeto. Y Ayer, por esta razón, elige ahora abandonar el fenomenalismo:

Para que el fenomenalista tenga éxito, debe ser capaz de producir un conjunto representativo de enunciados que describan la ocurrencia en condiciones particulares de ciertos datos sensoriales especificados, a partir del cual se siga lógicamente que un objeto físico dado existe. Y no veo cómo puede lograrse esto (141).

Esto es signo del hecho de que los datos sensoriales de Ayer, al igual que las percepciones de Hume, son de carácter monádico; no hacen referencia afuera; se refieren sólo a sí mismos.

Esto no debería tomarse implicando que Ayer esté preparado para seguir a Hume en la declaración de que el mundo exterior es el producto ficticio de una imaginación inventiva. Aunque ya no es posible hablar de objetos físicos como construcciones lógicas, Ayer todavía mantiene que algo de lo que decimos sobre objetos físicos debe derivarse últimamente de los datos de los sentidos. Así, lo que el lenguaje de objetos físicos realmente representa es “una manera de interpretar nuestras experiencias sensoriales”:

Una forma de expresar esta conclusión sería decir que al referirnos como lo hacemos a los objetos físicos estamos elaborando una teoría con respecto a la evidencia de nuestros sentidos. Los enunciados que pertenecen a la teoría trascienden su evidencia en el sentido de que no son meramente descripciones de ella. La teoría es más rica que todo lo que podría producirse en un intento de reformularla al nivel sensorial (147).



Aunque Ayer dice muy pocas cosas más con respecto al estatus teórico del lenguaje ordinario, claramente quiere decir que “lo que es directamente percibido” en una experiencia perceptiva es un objeto aparente o un dato sensorial; así, para referirnos a su ejemplo de percibir una pitillera, el objeto de la percepción es la “pitillera aparente”. A pesar de ello, también afirma que la experiencia de percibir la pitillera aparente es tal que “cuenta en favor” de la proposición ‘hay una pitillera ahí’. Y la razón por la que el lenguaje de objetos físicos continúa siendo teórico es que la existencia de los objetos físicos a los que se refiere, por las razones que ya hemos visto, nunca puede ser totalmente explicada, i.e. lógicamente deducida, sobre la base de los datos sensoriales.

¿Significa esto que el escéptico está en lo correcto? Si los objetos físicos son teóricos con relación a nuestras experiencias sensoriales, ¿cómo es posible saber que existen? Una vez que se admite la “laguna” entre datos sensoriales y objetos físicos, ¿no se sigue, en el supuesto de que sólo se perciben los datos sensoriales, que no hay forma de saber si un enunciado cualquiera sobre cualquier objeto físico es verdadero? La respuesta de Ayer al escéptico es que, a pesar de esta “laguna”, nuestras experiencias sensoriales proporcionan una base para nuestro conocimiento del mundo exterior. Aunque es cierto, admite Ayer, que el percibir los datos sensoriales apropiados no puede implicar formal o lógicamente la existencia de un objeto físico, la experiencia perceptiva es tal que cuenta como “evidencia” en favor de la verdad de la proposición que afirma que ese objeto existe efectivamente. Además, una serie de tales experiencias perceptivas, más pronto o más tarde, proporcionará una base adecuada o legítima para nuestra pretensión de *saber* que el objeto físico en cuestión, de hecho, existe. Dado que tales afirmaciones de conocimiento no son a prueba de bomba, en el sentido de que pueden ser negadas sin contradicción, queda aún abierto para el escéptico, sobre bases lógicas, dudas de su veracidad. Contra esto Ayer arguye que, sobre la base de nuestra experiencia perceptiva, “se llega a una etapa en la que la sugerencia de que ciertos objetos físicos pudieran no existir cesa... de ser una hipótesis seria”. En realidad



es una hipótesis, continúa diciendo Ayer, que “ninguna persona sensata adoptaría” (140-141). La idea que hay aquí es que, sobre la base de una acumulación de experiencias sensoriales, nuestra creencia en la existencia del mundo exterior se convierte en un conocimiento de la existencia del mundo exterior. Cada experiencia relevante sucesiva es, por así decirlo, una cuarta en el puente que une el mundo privado de los datos sensoriales con el mundo público de los objetos físicos, siendo el eslabón último una inferencia basada en, y justificada por, estas diversas experiencias sensoriales. Y la inferencia en cuestión no es una inferencia lógica, sino que es más bien una inferencia *natural*, una “apelación a la intuición”, un tipo de inferencia que se encuentra en todos los niveles de conocimiento cuando la “persona sensata”, sobre la base de su propia experiencia, “ve” que algo, aunque es sólo lógicamente probable, es, de hecho, verdadero. En esta etapa, una duda ulterior sobre la legitimidad o la veracidad de este conocimiento deja de ser seria.

Esta conclusión es, como el propio Ayer admite, “nada sorprendente”:

Bien puede pensarse que tal respuesta podría haber sido dada al comienzo, sin tanto esfuerzo. Pero aquí, como tan frecuentemente ocurre en filosofía, la obra importante consiste no en la formulación de una respuesta, que frecuentemente resulta ser casi perogrullesca, sino en dejar despejado el camino de su aceptación (148).

Queda aún la pregunta: ¿Debe ser aceptada?

En la medida en que Ayer nos ha presentado un argumento contra el “escepticismo filosófico”, no veo razón alguna por la que no deba ser aceptada. El escepticismo, al menos en la forma en que Ayer lo presenta, parece derivar su carácter del hecho de que es posible, quizás por absoluta obstinación, dudar todo; es posible definir ‘conocer’ de tal forma que ninguna actividad cognitiva humana pueda satisfacerlo nunca. Y ninguna pretensión de conocimiento, ciertamente ninguna pretensión perceptiva de conocimiento podría satisfacer nunca el criterio de ser lógicamente nece-

saria. En realidad, hay un sentido en que el escepticismo de este tipo no es en absoluto filosófico, pues no tiene, como tiene el escepticismo de Hume, una genuina base filosófica. Y sin esta base, el escepticismo no es tanto un argumento o un reto racional como una simple negación a aceptar o reconocer el hecho del conocimiento humano. Por esta razón, la negación del escéptico a aceptar este hecho no es filosóficamente seria. Y Ayer está en lo correcto al rechazarla como tal. A pesar de ello, hay aquí claramente más que un simple rechazo de una forma casi insostenible de escepticismo. Con relación a la percepción, Ayer se ocupa primariamente, en primer lugar, de desarrollar una teoría fenomenalista de la percepción, que supuestamente encuentra justificación en el llamado argumento de la ilusión. En segundo lugar, se compromete en el intento de mostrar que, a pesar de las apariencias contrarias, su teoría de la percepción no entraña una actitud escéptica sobre nuestro conocimiento del mundo exterior. En ambos casos, los argumentos que aduce para defender su posición están abiertos al reto.

Una objeción contra la teoría de los datos sensoriales, en cuanto relacionada con el argumento de la ilusión, es que, como conclusión, simplemente no se sigue de las premisas dadas. Es más que cierto que es "lógicamente posible" que, en cualquier situación perceptiva dada, uno podría ser víctima de engaño en alguna forma. Puede que el objeto percibido, como en el caso de las alucinaciones, no exista en absoluto. Sin embargo, del hecho de que, en ciertos casos, soy efectivamente víctima de engaño, puede ser posible extraer ciertas conclusiones, pero estas conclusiones hacen referencia sólo a estos casos de percepción ilusoria; no hay razón en absoluto para sospechar que se apliquen, en cualquier forma general, a la percepción en cuanto tal. Además, del hecho de que es *posible*, i.e. lógicamente concebible, que cualquiera de mis percepciones pueda ser ilusoria, no se sigue ciertamente que los verdaderos objetos de la percepción deban ser concebidos como "objetos aparentes" o datos sensoriales. Realmente, es difícil ver cómo puede extraerse cualquier conclusión de cualquier tipo de la posibilidad de la ilusión,

teóricamente considerada. Aquí la idea es que el hecho de la ilusión hace referencia sólo a las percepciones ilusorias y la posibilidad de la ilusión no hace referencia a ninguna percepción en absoluto. Por esta razón, uno y otra son de poco valor filosófico en relación al desarrollo de una teoría de la percepción. Exactamente del mismo modo que el propio Ayer arguyó que la apelación del escéptico a la posibilidad de error no ofrece una seria persuasión para abandonar las pretensiones legítimas de conocimiento, podría argüirse aquí que la apelación de Ayer a la posibilidad de la ilusión no ofrece una base genuina para el rechazo del punto de vista de que, en nuestras experiencias perceptivas, son percibidos objetos físicos. De esto puede concluirse que el argumento de la ilusión no proporciona una base coherente a la teoría de los datos sensoriales y que esta teoría, en la medida en que se base en el argumento, está sin justificación.

No pretendo sugerir aquí que la teoría de los datos sensoriales no tiene ninguna base racional en absoluto. Sin embargo, es extraño que no haya atraído a los defensores (y detractores) la cuestión de si no ha habido razones en su favor más decisivas que las proporcionadas por el argumento de la ilusión. Y estas razones han de encontrarse en el hecho de que la teoría de los datos sensoriales refleja, de una forma en que una teoría realista de la percepción no lo hace, lo que yo he llamado la actitud epistemológica de Ayer sobre la naturaleza de la percepción misma. Así, como he mencionado anteriormente en este escrito, Ayer asume desde el mismísimo comienzo que la percepción consiste en la "ocurrencia" de ciertas experiencias fenoménicas dentro del percipiente. El valor del lenguaje de datos sensoriales deriva del hecho de que nos ofrece una descripción exacta de lo que sucede en esas experiencias perceptivas: la razón que hay tras el usar enunciados de datos sensoriales, en vez de los que se refieren a objetos físicos, "es que, si son verdaderos, sirven como descripciones de los contenidos de nuestras experiencias sensoriales, independientemente de cualesquiera pretensiones más amplias que estas experiencias puedan normalmente inducirnos a formular" (105). Por eso, parece suficientemente claro que el punto de vista de que los objetos de

la percepción son datos sensoriales u "objetos aparentes", en vez de objetos físicos, no es tanto la conclusión de un argumento como la formulación o expresión de una posición epistemológica. Y ciertamente, como ya he indicado, la actitud epistemológica que es claramente reflejada en la teoría de los datos sensoriales es la del empirismo. Ahora bien, a menudo se ha argüido, y creo que correctamente, que una teoría empirista de la percepción es insostenible sobre la base de que es incapaz de proporcionar una explicación adecuada de nuestro conocimiento del mundo exterior. A menos que se quiera aceptar, como Hume aparentemente hizo, que el mundo es una especie de ficción, parecería que el empirismo no puede ofrecer ninguna explicación viable de él. Sin embargo, en *The Problem of Knowledge*, Ayer arguye que la teoría de los datos sensoriales, al menos en su formulación de ella, proporciona una base adecuada o legítima para los juicios sobre objetos físicos. Queda por considerar si esto es así.

No se nos ocurre normalmente negar o incluso dudar de la veracidad de nuestro conocimiento sobre el mundo exterior. Podemos, por una razón u otra, sostener alguna duda sobre la existencia de un determinado objeto, pero esto no lleva usualmente a la práctica de poner en cuestión nuestra capacidad de tener conocimiento de este tipo. Es un conocimiento de sentido común, no reflexivo, básico, pero es conocimiento a pesar de todo. La fuente del problema de la percepción tal como existe en relación con la teoría de los datos sensoriales es que las presuposiciones de la teoría ponen necesariamente en duda esta área total de conocimiento de sentido común. Al afirmar, como hace, que los objetos de la percepción son ocurrencias fenoménicas de algún tipo, la teoría de los datos sensoriales debe inevitablemente considerar que este tipo de conocimiento es filosóficamente sospechoso. La existencia misma del mundo físico se vuelve problemática. Es así claro que el problema de la percepción, el de "justificar" nuestro conocimiento del mundo exterior, no es un problema que surja para Ayer como parte de su consideración de las dificultades asociadas con el "escepticismo filosófico". Es un problema que se le impone



a causa de su supuesto de que son sólo datos sensoriales los que, de hecho, se perciben siempre. Ayer, como hemos visto, intenta resolver este problema afirmando que, aunque nunca puede en sí mismo ser percibido, la percepción de los datos sensoriales proporciona "evidencia" que "cuenta en favor" de la existencia de un objeto físico dado y además, que las experiencias de este tipo más pronto o más tarde nos llevan al punto en que ya no tiene sentido dudar de que el objeto en cuestión existe. Así, afirma, la "laguna" entre datos sensoriales, por un lado, y objetos físicos, por otro, puede ser salvada.

Una objeción que puede plantearse contra el argumento de Ayer es que no está en absoluto claro cómo el sentir los apropiados datos sensoriales puede proporcionar evidencia, ya sea en favor o en contra, de la existencia independiente de cualquier objeto físico. Si los datos sensoriales de Ayer son, como he argüido, equivalentes a las percepciones de Hume, es difícil ver cómo podrían servir como evidencia de la existencia de algo distinto. Si, para usar el ejemplo de Ayer, lo que yo percibo es una "pitillera aparente", no hay razón para suponer que esta "pitillera aparente" existe en mi consciencia como una representación de, o como evidencia de, algo distinto, una pitillera real que existe independientemente de mi percepción de ella. Tampoco altera esto en forma alguna la ocurrencia de una serie "favorable" de experiencias sensoriales. Si en un dato sensorial no hay nada más que un objeto aparente, en una serie de datos sensoriales no hay nada más que una serie de objetos aparentes. Así el problema real que Ayer encara no es, como él sugiere, que la ocurrencia de una serie finita de datos sensoriales nunca puede hacer que un juicio perceptivo sea más que lógicamente probable; es más bien que la ocurrencia de cualquier número de datos sensoriales nunca puede proporcionar una base racional para afirmar que la existencia de cualquier objeto externo es siquiera probable. En realidad, como hemos visto, la ocurrencia del dato sensorial no nos proporciona ninguna información en absoluto sobre ningún objeto material.

El argumento de Ayer es, creo, seriamente deficiente en otro importante sentido. Pues al presentar su posición, él hace una apelación completamente evidente al sentido común tal como está incorporado en la llamada "persona sensata". Afirma que el sentir los datos sensoriales puede servir, y de hecho lo hace, como base legítima para nuestros juicios perceptivos. Justifica este argumento, al final, señalando simplemente que hacemos afirmaciones perceptivas válidas y legítimas sobre el mundo exterior, afirmaciones acerca de las cuales no tiene sentido la duda. La dificultad que hay aquí reside en el hecho de que, a fin de resolver el problema de la percepción, Ayer está apelando precisamente a aquella forma de conocimiento, i.e. conocimiento de sentido común, que sostiene que es cuestionable en primer lugar. Pues Ayer no está simplemente haciendo el artículo del conocimiento de sentido común; él lo está empleando, por así decirlo, como un criterio de acuerdo con el cual la "laguna" entre el mundo privado de los datos sensoriales y el mundo público de los objetos físicos puede ser salvada. Ha usado, en efecto, la "persona sensata" como una especie de *homo ex machina* para dar cuenta de la validez de nuestros juicios perceptivos. Sin embargo, esta apelación al sentido común está, creo, excluida por razones epistemológicas. Al decir esto, no es parte de mi intención hablar mal de la posición de que hay un genuino conocimiento de sentido común de la existencia de objetos materiales; en realidad, Ayer puede estar totalmente en lo correcto al mantener que lo hay. La dificultad es que, exista este conocimiento o no, no puede usarse para "justificar" nuestra creencia en la existencia de esos objetos; pues la creencia en la existencia de objetos físicos es ella misma una creencia de sentido común. De este modo, el argumento de Ayer es seriamente inconsistente en el sentido de que el criterio al que él apela a fin de resolver el problema de la percepción es una forma de conocimiento que, desde su punto de vista, requiere él mismo justificación. Bien puede ser verdad que la "persona sensata" sabe que los objetos físicos existen y que el conocimiento puede realmente justificarse por su experiencia; no obstante, una vez que se establece la "laguna" entre las cosas tal como parecen, datos



sensoriales, y las cosas tal como son, objetos físicos, el conocimiento de sentido común se vuelve sospechoso. Así pues, no tiene sentido apelar a esta forma de conocimiento para salvar la "laguna"; hacerlo así es tanto como emplear el conocimiento de sentido común para justificarse a sí mismo.

No hay, por tanto, evidencia de que Ayer haya modificado significativamente sus puntos de vista sobre el tema de la percepción. Además ha sido incapaz de reconciliar su posición con la tenaz creencia en que tenemos algún conocimiento genuino. Para Hume, las conclusiones escépticas que se seguían de sus presuposiciones epistemológicas eran tales que incluso él las encontraba difíciles de aceptar. A pesar de todo, las aceptaba, no porque se le volviesen más digeribles, sino porque la lógica de su propia posición llevaba inexorablemente a ellas. Similarmente, Ayer, habiendo aceptado en la teoría de los datos sensoriales la base de la epistemología humana, se ha puesto a sí mismo, quizás con un poco más de resistencia, en la misma senda. Para Ayer, como para Hume, el mundo físico se ha convertido en un mundo metafísico del que no puede haber conocimiento.

*Versión castellana de ALFONSO GARCÍA SUÁREZ*